rrados, la boca entreabierta, el seno palpitante y el rostro agitado por una especie de balanceo lento y continuado. No exhalaban ni un suspiro ni proferían un grito: sólo sus miradas se animaban gradualmente y sus bustos giraban con mayor ligereza.

Las tres eran de una hermosura admirable; la de más edad no tenía quince años, y sin embargo, sus formas estaban completamente desarrolladas.

Estoy seguro, querido amigo, que no habéis visto nada más completo ni mejor concluído; pero ya os he dado mi opinión sobre ellas: sólo os diré, que la animación y el movimiento desarrollaban sus músculos y acentuaban su hermosura.

A cada momento se entusiasmaban más; sus brazos indicaban movimientos más convulsivos, y todo su cuerpo seguía el balanceo de sus caderas.

Cada una representaba una escena diferente sin ocuparse de su vecina. Ésta, especie de vírgen inspirada, levantaba los ojos al cielo y parecía dirigirle una ardiente oración. Aquélla parecía experimentar todas las torturas de la pasión. Cualquiera hubiera creído á la tercera en éxtasis.

Aquello era un baile; pero un baile de un género nuevo, pintoresco y coloreado con ardor, concebido por un artista nacido en el Ecuador.

En fin, querido, ¿qué os diré? Este baile extraño y nunca visto, del cual os he dado una idea imperfecta, sólo se terminó cuando aquéllas tres vírgenes, locas, cayeron al suelo rendidas y sin respiración.

Seguían alumbrándonos las estrellas, y la luna esparcía más luz que antes, inundándonos con sus fulgores, al mismo tiempo que una brisa ligera nos traía mil perfumes de la vecina costa á través de las olas.»

XXII

«No, no; nunca sentiré por esas criaturas un entusiasmo como el de esos tres caballeros. Sostengo que no están bien formadas. Nadie podrá convencerme que la belleza de las formas de una mujer consiste en todas esas prominencias y redondeces, superfluidades todas que para nada sirven é incomodan para andar. En cuanto á sus piernas redondas y sus pies ridículos por pequeños, me inspiran lástima. Son ni más ni menos que un adorno que no las sirve para nada.

—Permitidme—me hizo observar uno,—les sirven para bailar.

—Ahí está vuestro error; bailan, si es que á eso puede llamarse baile, con todo menos con sus pies; con las rodillas, los brazos, el talle y la cabeza: ya veis que os equivocáis.

No hablo por mí, querida Lovely; ya sabéis

que nunca me ocupo de mi persona; pienso en mis queridas compatriotas, todas aquellas hermosas señoritas que tienen fama de hermosura en el mundo entero. Admirad su prolongado cuello, sus estrechas espaldas, aquel talle que pueden rodear con sus manos, aquellas caderas que se confunden con el talle, y aquellos pies tan hermosos. ¡Eso es lo que se llama una mujer bonita! ¡Y nuestras bailarinas! ¡qué gracia! ¡qué encanto! ¡parece que las estoy viendo cuando levantan aquellos brazos tan delgados más arriba de sus cabecitas rubias! ¡cuán superiores son á estas bayaderas!

Tal vez contribuya algo á la aversión que las tengo á las bayaderas un poco de desprecio. Me indignó ver que aquellos caballeros, en lugar de permanecer con nosotras sobre cubierta, se encerraron, pasando toda la noche con las bailarinas. Me dijeron para disculparse, que se trataba de una cuestión de arte y estética, que en su calidad de viajeros tenían derecho de verlo y estudiarlo todo. Pero yo no admito esa clase de estudios, pues puede conducir muy lejos. El amor á la ciencia tiene sus límites, y yo creo que debieran haberse detenido ante la bayadera sin intentar profundizarla.

Pero me apercibo un poco tarde, querida Lovely; me diréis que no comprendéis nada de lo que os digo de las bayaderas. Os preguntaréis asombrada en qué lugar me encuentro. Sin duda creéis que me he dirigido hacia Calcutta en lugar de dirigirme al centro

de Africa. Os pido mil perdones; he dejado correr mi pluma y mi imaginación, siempre devoradora, sin acordarme que os escribí desde el Cairo la última vez.

Sabed, querida amiga, que estoy navegando por el mar Rojo; pero dispensadme que no os diga el porqué. Estas palabras mar Rojo, ó golfo Arábigo, como mejor queráis, os explicarán por qué os hablé indiferentemente del Africa y del Asia. En efecto, me hallo en un lugar neutro, á igual distancia de estos dos países.

Si extiendo el brazo á la izquierda, hacia Oriente, estoy en Arabia; si lo extiendo á la derecha, hacia el Occidente, me hallo en Nubia. Estáis viendo la situación desde aquí, ¿no es cierto? es muy cómoda.

En este momento me encuentro á la izquierda, es decir, al lado de Asia. Nuestro pequeño vapor acaba de entrar en Djeddah, que puede ser considerado como el puerto de la Meca, sitio famoso que debe visitar todo buen musulmán lo menos una vez en su vida.

Hemos mandado nuestros equipajes á Khartoum por el Nilo; llegarán después que nosotros, pero bastante pronto, y nos evitarán gastos considerables de aduana. Los egipcios se han propuesto vivir á expensas de los viajeros, y no contentos con haber impuesto un tributo á Suez, hacen pagar la entrada y salida de Souakín.

Nuestro personal no es aún numeroso, y por consiguiente no nos molesta. Se compone de tres nubianas y dos árabes, que nos han

recomendado muy eficazmente, y que hemos admitido como criados é intérpretes. Se llaman Omar y Alí, aparte de otros muchos nombres que suprimo para no asustaros.

Cuando lleguemos á Souakín tomaremos una escolta y algunos mozos para que nos lleven los equipajes. Sólo formaremos una caravana al llegar á Khartoum, y esto si nos internamos en el centro de Africa.

La navegación por el mar Rojo es de lo más interesante. Al día siguiente de salir de Suez, y con un tiempo delicioso, vimos los contrafuertes de Sinaí, el monte divino, de líneas puras y perfectas. Pasamos sin detenernos en la pequeña ciudad de Tor, habitada por los coptos, descendientes de las primitivas poblaciones de Egipto, y veinticuatro horas después hacíamos escala en la orilla occidental del golfo, en Cosseir.

Desde esta ciudad volvimos á atravesar el mar Rojo para detenernos algunos instantes en Yambo, territorio árabe, especie de tierra santa, donde el fanatismo musulmán está en todo su vigor, pues en este país tierra santa quiere decir refugio de todas las intolerancias y todas las barbaries.

Desde Yambo fuimos costeando hasta Djeddah, desde donde os escribo en este momento. Djeddah se compone de una calle inmensa, llena de bazares, donde se encuentran las muestras del gusto oriental y productos de nuestras manufacturas. Los mercados, consagrados á satisfacer la golosina de los peregrinos á la Meca, son los más curiosos; allí se

ven las legumbres y frutas de Asia y Africa reunidas, llevadas por los navíos ó las caravanas, cocos dátiles, batatas, habas, etc. Se ven algunos caballetes, sobre los cuales se levantan pirámides de bollos y otras chucherías.

Estos mercados, estos bazares, están llenos de turcos, egipcios, indios y africanos. Allí se ven perros, caballos y hasta camellos, aturdidos al parecer, de encontrarse en aquel va y viene; aquel ruido y aquellos objetos; andan muy despacio, como si temiesen romper alguna de aquellas cosas. Las mujeres no temen aventurarse entre aquel gentío; se ven jóvenes árabes, algunas de ellas muy delgadas, aunque muy lindas, que andan con mucha gravedad, llevando el rostro descubierto, y á su lado musulmanas cubiertas herméticamente y llevando unas babuchas amarillas, tan largas que tienen que llevarlas á rastra. Otras musulmanas, de clase más elevada, corren por todas partes montadas en burros, acompañándolas un eunuco.

. . . . . .

¡Ah, querida amiga! ¡qué desgracia! ¡qué desastre! ¡El señor de Morin se ha perdido para nosotros! El señor de Morin que era el alma, la alegría, el gozo de nuestra caravana, ha muerto víctima de su valor.

¡Ah, si vos supieseis... es atroz! morir á su edad. Os dejo porque voy corriendo á acompañar á la señora de Guéran al consulado francés.

XXIII

Los temores de Beatrix Poles no eran sino muy fundados; si de Morin vivía aún, lo que podía ponerse en duda, corría el mayor de los peligros.

He aquí lo que había sucedido: En cuanto entraron en el puerto de Djeddah se apresuró á saltar á tierra con sus compañeros de viaje y su fiel José Mohammed. Después de un paseo bastante largo por delante de los bazares descritos por Poles á su amiga Lovely, la señora de Guéran y su inglesa manifestaron el deseo de volver á bordo y en seguida se pusieron á su disposición los señores Delange y Periéres á fin de acompañarlas. El joven, pintor, deseoso de ver la ciudad más detenidamente continuó su camino acompañado de José, que le seguía á algunos pasos de distancia con un albornoz nuevo que se compró para reemplazar el que le habían robado en el Cairo en compañía de todo su equipaje.

Al salir de Morin de aquellos lugares se dirigió hacia el camino de la Meca. Pronto llegó ante una puerta grande, pintada con rayas transversales verdes. Iba á entrar por ella

cuando se le acercó uno de los criados árabes que había tomado en el Cairo, y le dijo:

—Amo, no entres por esa puerta. Conduce al camino que siguen los peregrinos musulmanes, y á los habitantes de Djeddah no les gusta que entre aquí ningún cristiano. Puedes aún ver por las paredes de este pasillo los pinchos de hierro, destinados en otro tiempo á colgar los infieles que se atreviesen á venir aquí. Esta costumbre bárbara ha desaparecido en el reinado de Mehemmet-Alí; pero el camino de la Meca es peligroso y pudieras ser insultado por una turba de peregrinos demasiado fanáticos.

El fiel Mohammed-Abd-el-Gazal, á pesar del albornoz que en aquella ocasión debiera de haberle inspirado valor, dió media vuelta al escuchar aquel pequeño discurso y el señor de Morin hizo otro tanto después de un momento de vacilación. Reflexionó que se había comprometido á acompañar á la señora de Guéran, que su excursión por la costa de Arabia era un pequeño extraordinario y que tendría poca gracia exponerse á un peligro personal por obedecer á un sentimiento de curiosidad.

Sin embargo, no había terminado su paseo. Desde la puerta de la Meca se dirigió, seguido siempre de José, y acompañado esta vez de Alí, su criado árabe, hacia una segunda puerta, la que conduce á Medina, y después de haber pasado las murallas de Djeddah, se encontró delante de un templo árabe.

—Es la tumba de nuestra madre universal—le dijo Alí, á quien había interrogado

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

con una mirada.—Según el Corán, después de ser despedida Eva del Paraíso, vino á refugiarse en la Meca, y cuando murió fué enterrada aquí.

El señor de Morin dirigió una mirada profana á aquella tumba, que no le parecía muy auténtica, y continuó su camino. Recorría entonces una llanura muy extensa bordeada por una cadena de montañas. A lo lejos se divisaba Djeddah con sus terrados, que le daban el aspecto de una ciudad italiana, su línea de murallas y sus mezquitas.

Cansado, y más que nada abrumado por el calor excesivo, se sentó á la sombra de un árbol y encendió un cigarro. Hacía un momento que se hallaba descansando, cuando pasó por delante de él una pequeña caravana formada de seis árabes, de los cuales uno iba á caballo y los demás en camellos, deteniéndose unos pasos más lejos, detrás de las ruinas de los antiguos molinos de viento construídos por Mehemet-Alí en 1815, después de su campaña en el Hedjaz.

Uno de los beduínos, el que iba á caballo, se separó del grupo, dió la vuelta al molino, se apeó y fué á sentarse á unos cincuenta pasos del joven pintor. Éste sacó en seguida un álbum y se puso á dibujar á aquel hombre, cuyo traje le parecía de lo más pintoresco: cubríale todo el cuerpo un albornoz en bastante mal estado, de un color oscuro con rayas blancas; por la cabeza, y á modo de turbante, llevaba un pañuelo negro, sujeto á la misma con una cuerda hecha de crines de camello;

en una mano llevaba un fusil de mecha, en la otra una lanza, y atado á la cintura, colgando de una cuerda, llevaba un cuchillo de monte.

Al terminar el joven pintor su dibujo y guardar los lápices oyó un grito. Volvió en seguida la cabeza y buscó á José y á Alí con la mirada, pero no pudo descubrirlos. Inquieto ya, se disponía á correr en dirección del molino, que sin duda le ocultaba á sus compañeros, cuando apareció su intérprete. Parecía desesperado, levantaba los brazos al cielo y hablaba al beduíno, cuyo retrato había hecho de Morin, con gran animación. Se acercó á ellos y se enteró de lo que había sucedido.

Mientras había estado dibujando, José, deseoso tal vez de saber si al verle vestido con aquel albornoz le tomarían los árabes por uno de los suyos, se acercó á ellos sonriendo. Pero aquella sonrisa duró muy poco; oscurecióse su rostro, sus ojos se fijaron en un sitio, y su dedo señaló un objeto. Acababa de apercibir sobre uno de los camellos la mayor parte del equipaje que le habían robado en Suez. No sólo había reconocido su maleta más querida, sino que leía en una caja el nombre que había escrito en París: Mohammed-Abd-el-Gazal. ¡Había encontrado al fin los ladrones. No quiso dejarlos escapar, y se lanzó sobre los beduínos. El grupo formado por José, los camellos y sus propietarios, se hallaba detrás de las ruínas del molino; de modo que el joven pintor, entregado por completo á su dibujo, no había podido ver ni oir nada.

—¡Mi equipaje! ¡mi equipaje!—gritaba José:—¡devolvedme mi equipaje; sois unos ladrones!

Los beduínos se reían con toda su alma al oir á aquel hombre rubio, gordo y encarnado como la cresta de un gallo, expresándose en un idioma extranjero, y vestido, sin embargo, del mismo modo que ellos. Aquellas risas, por muy contenidas que fuesen, pues los árabes no son escandalosos, ni aun cuando más se divierten, acabaron de exasperar á José. La idea de recobrar su equipaje, tan amargamente llorado, le dió valor. Cesó de hablar, determinación muy acertada, pues nadie le comprendía; corrió al camello y cogió su maleta favorita.

Esta vez le comprendieron los beduínos, y se incomodaron. Se acercaron á él y quisieron alejarle. José se defendió, rechazó á sus adversarios, y se dirigió de nuevo al camello, intentando coger la maleta predilecta.

Los árabes dejaron de reirse; le dejaban obrar, y mientras deliberaban lo que habían de hacer. Esta diliberación no duró mucho tiempo· de pronto se echaron sobre José, le cogieron por los brazos y piernas, le levantaron y le colocaron sobre el camello, atándolo junto á su maleta. Subieron en seguida sobre los demás camellos, y el que llevaba la fortuna de José siguió al trote largo á sus compañeros.

Tal era la escena que acababan de contar al joven pintor.

—¿Por qué—preguntó éste á su intérprete—

no os habéis opuesto á ese rapto y no me habéis llamado para defender á mi criado?

—Porque al pronto no comprendí lo que sucedía—repuso;—y cuando acudí era ya tarde; el rapto fué cosa de un segundo.

—¿A qué tribu pertenece ese beduíno?—preguntó de Morin.

—Son nómadas, no tienen tribu fija.

—¿Y quién es ese hombre que ha venido con vos y cuyo retrato he hecho? ¿Por qué no se ha marchado con ellos?

—No formaba parte de su caravana. Los ha acompañado hasta aquí para decirlos adiós; pero no debía seguirlos, no estaba ya con ellos.

—¿Entonces no creéis que sea cómplice suyo?

—No, lo que ha sucedido le ha extrañado tanto como á mí mismo.

—Intentad saber por él hacia qué lado se han llevado á mi criado.

El beduíno, después de un momento de vacilación, concluyó por decir que no conocía las intenciones de sus antiguos compañeros de viaje.

—¿Pero al menos sabes—observó Alí—hacia dónde pensaban ir antes del rapto? ¿Van á Medina?

—No—dijo el beduíno—se dirigen al Desierto.

—¿Crees que pasarán la frontera del Hedjaz?

—Estoy seguro de ello.

—¿Sería facil alcanzarlos?—preguntole Alí por orden de Morin.

—No, sus camellos son excelentes.

—Excelentes, bueno; pero demasiado cargados—dijo Alí.

—Sí, pero no veo al rededor mío—dijo el beduíno mirando á todas partes—ningún camello descargado que pueda correr detrás de los primeros.

Alí tradujo esta respuesta.

—Dile á este hombre—dijo el pintor—que si no tengo ningún camello, tengo un caballo.

El intérprete, asombrado, miró á su amo sin comprender lo que decía.

—¿Cómo? ¿no ves aquel caballo ensillado detrás de las ruinas?

—Pero no es nuestro, pertenece á este hombre.

—Pues bien, voy á tomárselo.

—¡Tomar un caballo á un árabe! ¿Piensas en ello, amo? Puedes quitarle su mujer y sus hijos; pero su caballo, jamás.

—Pregúntale que por cuánto me lo quiere vender.

—Es un magnífico animal; no querrá darlo por ningún precio.

—No importa, pregúntaselo.

Como había supuesto Alí, el beduíno no quiso deshacerse de su magnífica montura á ningún precio.

—Entonces—dijo de Morin á su intérprete,—te mando traducir lo que voy á decir, frase por frase.

—Te obedeceré.

El francés, sereno y completamente dueño de sí mismo, pero también muy decidido, se

dirigió hacia el beduíno, que apoyado sobre su lanza, estaba también impasible.

—Tus amigos—dijo—se han llevado á uno de mis criados. Mi deber es correr en busca suya y libertarlo. Te niegas á venderme tu caballo, que me es indispensable; pues bien, voy á tomártelo. Si no nos matan, te juro devolvértelo. Pero si haces un gesto ó un movimiento cualquiera para impedir mi marcha, te levanto la tapa de los sesos. Mira, mira mi arma, y te aseguro que no gasta bromas.

Y al mismo tiempo sacó de una funda de cuero que llevaba suspendida á la cintura un revólver de seis tiros de grueso calibre y que estaba cargado.

El beduíno palideció, pero no dijo una sola palabra.

—Corre á buscarme el caballo—dijo de Morin á su intérprete.

La orden era tan terminante y dada de un modo tal, que Alí creyó deber obedecer.

El joven pintor, á dos pasos del beduíno, con el revólver en la mano, le tenía á respeto.

Volvió Alí con el caballo, sobre el cual montó el joven francés de un salto sin perder de vista al árabe un solo instante. Este no era sin embargo de temer. Había comprendido por las palabras y miradas del señor de Morin que se encontraba frente á un hombre, y creyó inútil luchar. Se resignaba, pues, y se doblegaba ante la fuerza, como saben hacerlo todos aquellos semi-bárbaros, duros y crueles con los débiles, pero dóciles y cobardes con quien les domina.

Al marchar ya de Morin dió sus últimas órdenes.

—Vas á ir inmediatamente á Djeddah al lado de nuestros amigos—dijo á Alí.—Les dirás que no he creído deber abandonar un europeo que salió de Francia conmigo. Le debo mi protección, como él me debía sus servicios. Mis amigos me comprenderán y harían lo mismo en mi lugar. Ruégales que vengan en nuestra ayuda si lo estiman conveniente.

—Te expones á una muerte segura, amo—exclamó Alí.—¿Qué harás solo contra esos árabes si los alcanzas?

—Hay casos en que no reflexiona uno—repuso el señor de Morin,—y yo he reflexionado demasiado. Haz lo que te digo y no pierdas de vista á este hombre mientras me encuentre al alcance de su fusil. Adiós.

Espoleó al caballo y partió á escape.

El árabe, que continuaba inmóvil, se sonreía con perversidad; la significación de dicha sonrisa era fácil de comprender. No tardaré, parecía pensar, en ser vengado de ese perro de infiel.

XXIV

Cuando el señor de Morin hubo desaparecido entre una nube de polvo, Alí, conformándose con las órdenes que recibiera de éste, emprendió el camino de Djeddah. El árabe, después de un momento de vacilación, siguió el mismo camino. Sus intereses materiales hablaban en él más alto que la prudencia. Cierto es que se exponía á ser maltratado por las autoridades turcas al volver á Djeddah, si los europeos tenían amigos poderosos en ella y le harían responsable del rapto operado ante sus ojos por el mero hecho de haberlo presenciado. Pero, por otro lado, si se metía en el Desierto, ¿cómo podrían devolverle su caballo ó el valor del mismo? Una montura como la suya merecía la pena de pensarlo todo.

Después de reflexionar un momento, creyó deber apresurar el paso, uniéndose á Alí y entablar conversación con él. No creía demás obtener algunos informes con respecto del señor de Morin.

El intérprete comprendió en seguida, con esa astucia peculiar de los árabes y especialmente de los que como Alí estaban en continuo trato con los europeos, que debía hacer